

3

DIMENSIONES DE NUESTRA ESPIRITUALIDAD

El número 31 del Ideario se refiere a las dos dimensiones de la espiritualidad del seglar claretiano. Los números 32 a 35 desarrollan una de estas dos dimensiones, la mística.

31 *Nuestra vida espiritual, como la de Jesús, tiene dos puntos de referencia: Dios y los hombres y, por lo mismo, dos dimensiones fundamentales: una mística y otra política. Ambas están inseparablemente unidas en su origen, el amor, y en su meta –Dios y su Reino–.*

En la dimensión mística, gracias a la acción del Espíritu Santo en nosotros, hacemos de Dios y de su Reino el único absoluto de nuestra vida y vivimos el seguimiento de Jesús como el único camino hacia el Padre y como la manera de construir el Reino.

Guiados por el Espíritu, realizamos la dimensión política de la espiritualidad comprometiéndonos en la animación cristiana de las realidades temporales y en la acción transformadora del mundo (cf nn 22-23)

1. Las dos dimensiones de nuestra espiritualidad: la mística y la política

Como hemos dicho en este mismo capítulo, nuestra espiritualidad no es otra que la Jesús. La espiritualidad de Jesús tiene dos dimensiones inseparables: la fidelidad inquebrantable al Padre (dimensión vertical) y la disponibilidad absoluta al servicio de los (dimensión horizontal). La espiritualidad del seguidor de Jesús tiene también esas dos dimensiones: la vertical o de filiación para con Dios, que nuestro Ideario llama “mística”, y la horizontal o de fraternidad, que el Ideario denomina “política”.

El primer párrafo de este número 31 presenta las dos dimensiones de nuestra espiritualidad y acentúa la inseparable unidad que hay entre ellas. Las presenta desde un enfoque cristológico, es decir, desde el modo como las vivió Jesús a quien seguimos también en este punto. Dice el Ideario: “Nuestra vida espiritual, como la de Jesús, tiene dos puntos de referencia: Dios y los hombres y, por lo mismo, dos dimensiones fundamentales: una mística y otra política“. (31 a).

Quizás a algunas personas les resulte extraño oír hablar de “la santidad política” o de la dimensión “política” de la espiritualidad cristiana. Naturalmente, aquí la palabra política se toma en su sentido más originario, es decir, como compromiso por el bien común de los ciudadanos o de la “polis”, que en griego significa ciudad. Desde esta perspectiva, la política partidista cuando busca los propios intereses o es corrupta, ya no es política.

Dice el Ideario: “Ambas dimensiones, la mística y la política, están inseparablemente unidas en su origen, el amor, y en su meta –Dios y su Reino–“ (31 a). El amor que está en su origen y que unifica las dos dimensiones de nuestra espiritualidad, es el amor que Dios nos tiene y del que nadie nos puede separar, como dice S. Pablo a los Romanos (8,39). Dios ha enviado su Amor, que es el Espíritu Santo, a nuestros corazones (Gal 4,6). Este Amor asume y agranda nuestra capacidad de amar para que podamos amar más a Dios (dimensión mística) y a los demás (dimensión política). La meta de ambas dimensiones es también la misma: Dios y su Reino.

Ambas dimensiones están tan unidas que algunos teólogos como Karl Rahner y Metz hablan de una “mística política”, que es “la conjunción entre la transformación del mundo, a la que llama el seguimiento de Jesús, y la de una constante nostalgia y búsqueda de Dios”.³²

2. ¿Qué es la dimensión mística?

El segundo párrafo del nº 31 describe la dimensión mística de manera muy sintética, poniendo de relieve cuál es su elemento central y la meta última que polariza y da sentido a nuestra vida: Dios y su Reino. Pone igualmente de relieve cuál es el camino hacia esa meta: el seguimiento de Jesús. De este modo nos recuerda, una vez más, que la espiritualidad, antes que tarea es gracia y acción del Espíritu Santo. “En la dimensión mística, gracias a la acción del Espíritu Santo en nosotros, hacemos de Dios y de su Reino el único absoluto de nuestra vida y vivimos el seguimiento de Jesús como el único camino hacia el Padre y como la manera de construir el Reino”.(nº 31 b).

Aparecen ya en esta síntesis los tres puntos de referencia fundamentales de la dimensión mística: el Padre, Cristo y el Espíritu Santo. Y cada uno aparece con el rol que le solemos atribuir: el Padre como término y meta final, Cristo como el camino y el Espíritu Santo como la fuerza que nos impulsa a caminar hacia la meta. De ello hablaremos más adelante.

Presenta aquí como un único absoluto a Dios y su Reino. Y los presenta en singular como un único absoluto, porque el Reino no es una realidad distinta de Dios; es su proyecto, su voluntad.

1.3. ¿Qué entendemos por “dimensión política” de la espiritualidad

Finalmente, presenta la dimensión política, acentuando también aquí esa doble dinámica de don y tarea. La tarea en este caso son nuestros compromisos de misión ya descritos en la segunda parte del Ideario: “Guiados por el Espíritu, realizamos la dimensión política de la espiritualidad comprometiéndonos en la animación cristiana de las realidades temporales y en la acción transformadora del mundo” (nº 31 c).

Todo cristiano, y más aún si es seglar, tiene que estar presente en el mundo, ya que, por vocación, es enviado al mundo para ser fermento transformador de la sociedad y para abrir así caminos al Reino de Dios. Hemos de vivir nuestro ser para el mundo en permanente comunión con el Dios que nos envía y nos sostiene en nuestras tareas mundanas para que las hagamos según su voluntad.

Se ha dicho que la espiritualidad característica de San Antonio María Claret es la de ser un “místico de la acción”. Naturalmente, se trata de otro tipo de acción diferente a la de un seglar. Pero también los seglares estamos llamados a ser contemplativos en la acción, a fundir mística y política, a encontrarnos con Dios en nuestras tareas seculares y a llevar al encuentro con Dios en la oración todas las cosas, situaciones y compromisos. Sería absurdo alejarse de la vida como medio para encontrarse con el Dios de la vida.

La entrega sin reservas, animados por la mística cristiana, a los compromisos de liberación es el camino de un nuevo modelo de santidad: la santidad política. “La tradición cristiana conoce el santo ascético, amo de sus pasiones y fiel observante de las leyes de Dios y de la Iglesia. Casi no se

³² J.A. Estrada, *La oración de petición bajo sospecha*, p. 17

conocen santos políticos y santos militantes. En el proceso de liberación se creó la situación para otro tipo de santidad: además de luchar contra las propias pasiones (tarea permanente), se lucha contra los mecanismos de explotación y de destrucción de la comunidad”³³.

La santidad política, que se funda en la praxis de un amor cristiano con dimensión social, es un modelo de santidad que todavía origina polémicas por la ausencia de una fuerte tradición eclesial en este punto. Los obispos que participaron en el sínodo sobre los seglares celebrado en 1987, escribieron en su mensaje final: “El Espíritu nos lleva a descubrir más claramente que hoy la santidad no es posible sin un compromiso con la justicia, sin una solidaridad con los pobres y oprimidos. El modelo de santidad de los fieles seglares tiene que incorporar la dimensión social de la transformación del mundo según el plan de Dios”³⁴.

Un conocido teólogo latinoamericano dice que “en el mundo actual, cuando se ha tomado conciencia del prójimo necesitado no sólo en la línea de personas aisladas, sino de sujetos sociales, de grandes masas, ha aparecido una nueva dimensión en el amor al hermano: la sociopolítica. Los medios de amor individual son cada día más limitados y dejan las cosas como están. Ahora es necesario, para una caridad eficaz, trabajar por la transformación de los sistemas opresivos obrando sobre las instituciones económicas, políticas, nacionales e internacionales”³⁵.

El pecado estructural, que crea y mantiene situaciones graves de injusticia, sólo puede ser eficazmente destruido a través de la política, que “es la forma más extensa de la caridad”, como decía Pío XI.

El Ideario, después de presentar en el número 31 las dos dimensiones de la espiritualidad, dedica cuatro números a la dimensión mística y ninguno a la dimensión política, que es tan característica del seglar. En realidad la dimensión política la describe en la segunda parte, en los números 22-23 cuando habla de la animación cristiana de las realidades temporales y de la acción transformadora del mundo, sólo que allí aparece bajo el enfoque de misión, pero el compromiso misionero es parte esencial de nuestra espiritualidad. También el último número del Ideario, el 40, se refiere a la dimensión política de nuestra espiritualidad al presentar a los pobres y la comunión con sus luchas como “sacramento de la presencia de Dios y lugar inequívoco de encuentro con él”:

A Dios no lo experimentamos únicamente en la oración y en los sacramentos, sino también en los hermanos, en la historia de los pueblos y en la realidad sangrante en que viven muchos de ellos. Dios está presente en todo y está tratando de someterlo todo a su soberanía, eso sí, sin forzar la libertad de los seres humanos. Él quiere renovar la historia y el mundo y espera que nosotros nos comprometamos en esta tarea en comunión con él y movidos por su Espíritu. Como hemos dicho anteriormente, realizamos este compromiso de dos maneras: mediante la animación cristiana de las realidades temporales y mediante la acción transformadora de la realidad.

Como ya hemos hablado ampliamente de la dimensión política de nuestra espiritualidad en varios lugares de este comentario, pasamos ahora a hablar de la dimensión mística.

2. La dimensión mística

³³ BOFF L, *Vivir en el Espíritu según el Espíritu*. Bogotá 1985, p. 161

³⁴ Sínodo sobre los laicos (1987), Mensaje final, nº 4

³⁵ C. Maccise, *La espiritualidad de la nueva evangelización*, México 1990 p. 53.

En los párrafos que siguen vamos a explicitar un poco más estos cuatro elementos de la dimensión mística de nuestra espiritualidad: la relación con el Padre, con Cristo, con el Espíritu Santo y con María.

2.1. El Padre: amar a quien nos amó primero

32 *El Padre, por su libre decisión de hacernos hijos en el Hijo y de haber enviado a nuestros corazones al Espíritu Santo, es el origen de nuestra vida espiritual, y es también el término, porque, con la fuerza del Espíritu, tratamos de vivir como hijos, amándole sobre todas las cosas, poniendo en él toda nuestra confianza, aceptando con gozo su voluntad y entregándonos sin reservas a la realización de su plan de salvación.*

Como hijos, tratamos de imitar su perfección, su amor a todos y su preferencia por los humildes y los pobres. De este modo somos expresión del amor con que Dios los ama.

No sólo nuestra espiritualidad, sino nuestra misma existencia brota de este hecho: “Dios nos amó primero” (1Jn 4,19). Existimos porque nos amó y proyectó nuestra existencia antes de la creación del mundo (Ef 1, 4-5). El nos ha dado el don de la fe, que es el hilo conductor que nos lleva a él, y nos ha dado también el amor, que hace posible nuestro encuentro con él. Ha enviado su Espíritu a nuestros corazones para que sea en nosotros fuente de vida nueva. De este modo, el Padre es el principio de nuestra vida espiritual y es también el término, porque la meta final de nuestro camino espiritual es Dios mismo, su gloria (Ef 1,12), su reinado, su absoluta soberanía sobre nosotros y sobre toda la creación (1Cor 15, 28).

Puesto que el Padre, en su increíble generosidad, ha querido hacernos hijos suyos (Ef 1, 5; 1Jn 3,1), nuestra relación con él ha de ser, ante todo, filial. Lo que él se ha propuesto y lo que espera de nosotros es que vivamos como hijos suyos, con el amor, la libertad y la dignidad de hijos de Dios. Nuestro Ideario dice: ”Tratamos de vivir como hijos, amándole sobre todas las cosas, poniendo en él toda nuestra confianza, aceptando con gozo su voluntad y entregándonos sin reservas a la realización de su plan de salvación” (nº 32 a).

El Espíritu Santo es quien nos ayuda a amarlo como Padre y a vivir como hijos. En el hecho de dejarnos guiar por el Espíritu demostramos que somos hijos, como dice San Pablo a los romanos: “Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios... El mismo Espíritu se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios” (Rm 8, 14-16).

El hecho de experimentar a Dios como Padre nos lleva a tener para con él un amor entrañable, una obediencia libre e incondicional, una confianza absoluta y activa en el compromiso por extender su Reino, una gratitud y una acción de gracias constantes. Nos lleva también a imitarlo. Jesús mismo nos dijo: “Sed perfectos como vuestro Padre del cielo” (Mt 5, 48) y San Pablo dice a los Efesios: “Sed imitadores de Dios como hijos muy queridos” (Ef 5,1). Hemos de imitar ante todo su amor sin distinción de personas, su ternura, su misericordia y su capacidad de perdonar siempre. (cf Lc 15, 11-32)

Cuanto más experimentamos a Dios como Padre, más descubrimos que está comprometido con la historia, que es el Dios de los humillados, de los huérfanos de amor y de solidaridad. De este modo, la experiencia de Dios como Padre nos lleva a comprometernos como él con la historia para construir el mundo que Dios quiere, un mundo en el que aparezca la huella del amor y de la bondad

del Padre, que ahora está borrada por el egoísmo, el odio, la crueldad y tantos otros signos de muerte que laceran a nuestro mundo.

Vemos así cómo la dimensión mística de nuestra espiritualidad, el amor a Dios, es inseparable de la dimensión política, el amor a los demás, y conduce a ella. En nuestro testimonio de amor, especialmente a los más necesitados, brilla la bondad y la misericordia de Dios para con ellos. Lo dice muy bien nuestro ideario: “Como hijos, tratamos de imitar su perfección, su amor a todos y su preferencia por los humildes y los pobres. De este modo somos expresión del amor con que Dios los ama” (nº 32 b).

2.2.Cristo: Seguir a Jesús de Nazaret

33 *En el bautismo el Padre, por medio del Espíritu, nos une a Cristo y nos hace miembros vivos de su Cuerpo.*

Llamados por Jesús a seguirle, queremos hacerlo viviendo con radicalidad todas las exigencias que él presenta a sus seguidores.

Del activo permanecer unidos a Cristo depende nuestro progreso en el camino del Señor y la eficacia evangelizadora de nuestra vida y de nuestras actividades.

El nº 33 del Ideario recoge tres ideas fundamentales estrechamente articuladas entre sí:

- La unión con Cristo como fuente de toda nuestra vida cristiana. Como él vive en mí, “ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí” (Gal 2, 20).
- El seguimiento de Jesús, como la expresión más completa y radical de la vida cristiana.
- La constatación de que la unión con Cristo es la fuente que alimenta nuestro progreso en los caminos del Espíritu y nuestra acción evangelizadora.

Vamos a decir unas palabras sobre cada uno de estos puntos

- a) La unión con Cristo es don del Padre, que nos eligió, libre y gratuitamente, para ser hijos suyos en la persona de su Hijo. Como dice el Ideario, es un don que recibimos en la consagración bautismal. “En el bautismo el Padre, por medio del Espíritu, nos une a Cristo y nos hace miembros vivos de su Cuerpo” (nº 33); (cf Hch 12, 13). Esta unión con Cristo se realiza de manera germinal en el bautismo. A nosotros nos queda la tarea de personalizar y desarrollar, ayudados por su gracia, ese don de la comunión con Cristo
- b) El segundo párrafo del nº 33 presenta una vez más el seguimiento de Jesús como la esencia de la espiritualidad cristiana. “Llamados por Jesús a seguirle, queremos hacerlo viviendo con radicalidad todas las exigencias que él presenta a sus seguidores” (33 b). Un elemento esencial del seguimiento de Jesús es hacer carne propia las exigencias que él propone a sus seguidores y que están recogidas en los evangelios.

Sobre el tema del seguimiento he presentado ya una breve síntesis en el marco doctrinal que precede a los números 13-18 del Ideario. Aquí quiero insistir especialmente en que el seguimiento es para todos. Si acentué esto es porque durante mucho tiempo, y todavía hoy, hay personas que consideran el seguimiento y el radicalismo evangélico como algo propio y exclusivo de los religiosos o de quienes, estando en el mundo, se consagran a Dios mediante los tres clásicos votos. Sin ir más lejos, hasta hace no muchos años entre los seglares claretianos se hablaba de dos categorías: los seglares en general y los “evangélicamente comprometidos”. Estos últimos eran los que hacían votos, aunque fueran privados. Hoy las

cosas se ven de otro modo. El seguimiento no es sólo para una clase de cristianos. Como dice el Vaticano II: es para todos: “Una misma es la santidad que cultivan en cualquier clase de vida y de profesión los que son guiados por el Espíritu de Dios, y, obedeciendo a la voz del Padre, siguen a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz” (LG 41).

- c) Finalmente, el Ideario, citando en nota el pasaje evangélico: “el que permanece en mí da mucho fruto” (Jn 15, 5), reafirma que en la unión con Cristo está la fuente, tanto de nuestro seguimiento de Jesús, como de la eficacia de nuestra acción evangelizadora con la que proseguimos su misión. “Del activo permanecer unidos a Cristo depende nuestro progreso en el camino del Señor y la eficacia evangelizadora de nuestra vida y de nuestras actividades” (nº 33 c). En efecto, porque permanecemos en él y él permanece en nosotros (Jn 15,5) es él mismo quien da mucho fruto a través de nosotros, es él quien prosigue su estilo de vida y de misión en nosotros y a través de nosotros, si nuestra libertad no se lo impide o le pone trabas.

2.3. El Espíritu Santo es la fuerza que nos guía y nos sostiene.

34 *Vivimos con gozo y docilidad la comunión con el Espíritu Santo que Jesús prometió a sus discípulos y ha enviado a nuestros corazones especialmente en el bautismo y en la confirmación.*

El impulsa nuestra progresiva configuración con Cristo y nuestro seguimiento de Jesús; da vida a nuestra oración y a nuestra práctica litúrgica y sacramental; nos sostiene en la realización de nuestra misión y evangeliza por medio de nosotros.

Después de haber hablado de la comunión con el Padre y el Hijo, el Ideario se refiere, en este número 34, a nuestra comunión con el Espíritu Santo y al rol que él desempeña en nuestra vida espiritual.

El primer párrafo de este número del Ideario se refiere a la comunión con el Espíritu Santo y afirma que “vivimos con gozo y docilidad la comunión con el Espíritu Santo”. Esta frase es una constatación de que él habita en nosotros, está en comunión con nosotros. Lo que hace falta es que nosotros aceptemos su comunión, su donación. Expresa también nuestro buen deseo de tomar conciencia de la presencia del Espíritu en nuestra vida y de desarrollar nuestra comunión y nuestras relaciones con él.

Resalta aquí el Ideario dos momentos fuertes de la donación del Espíritu por parte del Padre y del Hijo: el bautismo, momento en que refrenda nuestra filiación y desata en nosotros una vida nueva, y la confirmación, momento en que nos fortalece para ser testigos de Cristo y de su Evangelio.

El Espíritu Santo dentro de nosotros es el alma y el animador de nuestra vida espiritual. Nos lo recuerda un documento de otra rama de la familia claretiana: “Hablar de espiritualidad es, ante todo, referirse al Espíritu Santo... Su misteriosa Persona es el gran Agente de toda espiritualidad. Cuando tomamos conciencia de que el Espíritu nos ha sido dado y de que habita en nosotros, nos resulta más fácil dejarnos llevar por su fuerza y creatividad. El Espíritu inspira y lleva a culminación nuestros proyectos, sugiere y hace realidad nuestros sueños”³⁶.

³⁶ Misioneros Claretianos, *Nuestra espiritualidad misionera...* p. 22

Con respecto al rol del Espíritu Santo en nosotros, el Ideario señala estos cuatro puntos:

- a) Impulsa la comunión con Cristo. El, que es el lazo de unión dentro de la comunidad trinitaria, es también el lazo de unión de nosotros con Cristo y con el Padre.
- b) Nos impulsa al seguimiento. Sin su ayuda es imposible que sigamos a Jesús. Dice el Ideario que “El impulsa nuestra progresiva configuración con Cristo y nuestro seguimiento de Jesús” (34 b).
- c) El es el agua viva (Jn4,10; 7,38-39) que corre y se nos da en las fuentes de nuestra espiritualidad. Dice el Ideario que “da vida a nuestra oración y a nuestra práctica litúrgica y sacramental” (nº 34 b). El Espíritu Santo es el alma de los sacramentos. Sin su presencia y su actuación, las acciones litúrgicas y sacramentales quedarían reducidas a ritos vacíos y a palabras inoperantes. Gracias al Espíritu, los sacramentos realizan lo que simbolizan. “Toda la liturgia está animada por la alabanza al Padre por el Hijo en el Espíritu: es una gran doxología. Tanto en Occidente como en Oriente, se atribuye al Espíritu Santo la eficacia de los sacramentos e incluso de la conversión de los dones eucarísticos en el Cuerpo y la Sangre de Cristo”.³⁷ Tampoco la oración es posible sin la acción del Espíritu en el creyente. El “habita en el interior del corazón de manera que la oración y los movimientos que suscita en nosotros son conjuntamente y de modo casi indiscernible de él y de nosotros. El Espíritu ora en nosotros. Es tan íntimo a nosotros, se da de tal manera en nuestros corazones, que se le puede atribuir del mismo modo que a nosotros la invocación “Abbá, Padre, (Gal 4,6)”³⁸
- d) Nos envía y nos sostiene en la misión. El Ideario dice: “Nos sostiene en la realización de nuestra misión y evangeliza por medio de nosotros” (nº 34 b). Él anima, no sólo la dimensión mística de nuestra espiritualidad, sino también nuestros compromisos de misión. También aquí vemos cómo la dimensión mística de la espiritualidad y la dimensión política son inseparables.

2.4. Carácter mariano de nuestra espiritualidad.

35 *Dentro del misterio de Cristo, vivimos el misterio materno de María, siempre desde una perspectiva misionera.*

Con amor filial la contemplamos como modelo de seguidora de Jesús y colaboradora de su misión.

Como en Claret, su presencia en nuestras vidas marca nuestra vivencia apostólica: nos forma para la misión, nos envía y, con su presencia materna, hace fecundas nuestras acciones de evangelización.

Por eso nos entregamos y consagramos especialmente a su Corazón.

He dividido este breve número en cuatro pequeños puntos, alguno de una sola línea, con la intención de subrayar las ideas dominantes en cada uno de ellos, que son las cuatro siguientes:

La dimensión cristológica de María y de nuestra relación con ella.

³⁷ CONGAR Y, *Pneumatología dogmática*, en *Iniciación a la práctica de la teología*, II, Madrid 1984, p. 471.

³⁸ CONGAR Y, *ib.* p. 471.

Este número del Ideario sitúa a María en su verdadero lugar: dentro del misterio de Cristo, que, a su vez, está ubicado dentro del plan de salvación de Dios para la humanidad y para la creación entera. Por muy querida que sea para nosotros María, no podemos hacer de ella algo aparte de Cristo y del plan divino de salvación, porque perdería su verdadero sentido. Y, con frecuencia, ciertas formas de religiosidad popular deforman el papel y el significado de María, haciendo de ella una especie de absoluto sustitutorio de Dios Padre, de Cristo y del Espíritu Santo, es decir, un ídolo. De ese modo, el fanatismo mariológico, sin pretenderlo, se convierte en idolatría.

La imitación de María como la primera seguidora de Jesús

El Ideario nos presenta a María como la primera discípula o seguidora de Jesús. En efecto, ella encarna en grado excepcional las dos actitudes fundamentales de Jesús mismo y de sus seguidores: la inquebrantable fidelidad a Dios Padre y a sus planes y la disponibilidad total al servicio de los hermanos. “Con amor filial la contemplamos como modelo de seguidora de Jesús y de colaboradora de su misión” (nº 35 b).

Como dice un especialista en mariología, “el único hecho que introduce a María en el ámbito salvífico de su Hijo es su condición de discípula, es decir, el hecho de que ha escuchado y conservado con fe la palabra de Dios cumpliendo la voluntad del Padre”³⁹.

Y no tuvo las cosas fáciles para ser seguidora de su hijo y colaboradora de su misión, porque al principio de la vida pública de Jesús le costó entender qué tipo de Mesías era Jesús, cuál era realmente su misión y el modo de llevarla a cabo. Seguramente que la idea que tenía María del Mesías coincidía con la que predominaba en el pueblo y que es la que predicó Juan Bautista: un Mesías que iba a entrar a sangre y fuego en el mundo cortando con el hacha todo árbol que no diera buen fruto (Mt 3,10). Y resulta que ninguno de los rasgos de ese Mesías se manifestaban en su hijo carpintero, que consumía los días y los años, sin prisas, cortando y alisando maderas.

La comprensión de su Hijo no mejoró cuando éste, inesperadamente, dejó las herramientas de trabajo y, de la noche a la mañana, se convirtió en un predicador itinerante, que vivía de cualquier manera y se mezclaba con la peor gente. Este gesto dejó desorientada a María y a toda su familia, hasta tal punto que su hijo se convirtió en un grave problema familiar. Mc, a pesar de la veneración que sentía por María, cuenta que la familia de Jesús, incluida María, pensaron que Jesús se había vuelto loco. Se reunieron y fueron a hacerse cargo de él, pues decían: esta fuera de sí (Mc 3,21).

La respuesta de Jesús a quienes le comunicaron que habían llegado sus familiares es clara y aparentemente dura: “mi madre y mis hermanos son los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica” (Lc 8,21). Con ello dice que, si mi madre y mis hermanos quieren formar parte de mi nueva familia, tendrán que convertirse en discípulos, tendrán que entrar y sentarse en el corro de los que escuchan la palabra y tratan de llevarla a la práctica.

Sin duda que a María se le abrieron los ojos de par en parte: y a partir de ahí siguió a Jesús en su “locura” como la primera y la más fiel discípula, como le había seguido antes de dejar la casa. Antes y después de ese incidente, María es la discípula que mejor acoge la palabra de Dios, la medita en su corazón y la pone en práctica (Lc 11, 28); de ella aprendemos coger la Palabra y a llevarla a la vida.. Juan presenta a María como la discípula más fiel al lado de la Cruz junto al discípulo anónimo que, por anónimo, representa a todos los discípulos de todos los tiempos que son fieles hasta las últimas consecuencias.

³⁹ MÜLLER A. *Reflexiones teológicas sobre María, Madre de Jesús*, Madrid 1985, p. 69

La presencia de María en nuestra vida y misión

El Ideario quiere dejar claro que los seculares claretianos vemos a María como madre porque no habla simplemente del misterio de María, sino del “misterio materno de María” (35 a) y después dice que la contemplamos con amor filial (35b). A continuación nos recuerda cómo veía Claret a María y cómo se relacionaba con ella: siempre desde una perspectiva misionera: “Como en Claret, su presencia en nuestras vidas marca nuestra vivencia apostólica: nos forma para la misión, nos envía y, con su presencia materna, hace fecundas nuestras acciones de evangelización” (nº 35 c).

A primera vista, estas afirmaciones desorbitan el papel de María en la vida y en la actividad de los evangelizadores, atribuyéndole acciones que, más bien corresponden al Espíritu Santo. Como hemos dicho más arriba, a María hay que situarla siempre dentro del misterio de Cristo, que es también misterio del Espíritu. Desde esa ubicación, lo que significan estas afirmaciones, tan genuinamente claretianas, es que María está asociada a la acción del Hijo y del Espíritu Santo, que nos envían a la misión y que dinamizan y hacen eficaz nuestro compromiso y nuestras acciones evangelizadoras.

Podemos encontrar un fundamento para atribuir todo esto a María en estas palabras del Vaticano II: “Asunta a los cielos no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación. Con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan” (LG 62).

Podemos decir también que María sigue siendo colaboradora de la obra de evangelización de su Hijo y del Espíritu, tanto en la formación de los evangelizadores, como en su envío y acción misionera. Pablo VI nos recuerda que “en la mañana de Pentecostés ella presidió con su oración el comienzo de la evangelización bajo el influjo del Espíritu Santo. Sea ella la estrella de la evangelización siempre renovada que la Iglesia, dócil al mandato del Señor, debe promover y realizar, sobre todo en estos tiempos difíciles y llenos de esperanza” (EN 82).

La consagración apostólica al Corazón de María

Este número del Ideario termina diciendo que por todas esas razones “nos entregamos y nos consagramos especialmente a su Corazón”, es decir, para entrar más hondamente en el misterio de Cristo, para ser discípulos y para ser evangelizadores. El que nos consagremos precisamente a su Corazón acentúa que, en medio de esta sociedad egoísta y violenta, deseamos vivir, como ella, los valores del Reino de Dios, que son amor, ternura, solidaridad, misericordia, compasión y gratuidad.

Nuestra consagración al Corazón de María tiene un carácter misionero, nos entregamos a ella para que nos haga misioneros y nos acompañe en la misión y en tareas misioneras. Como escribió Juan Pablo II en un documento misionero: “María es el ejemplo de aquel amor maternal con que es necesario que estén animados todos aquellos que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de la humanidad” (RM 92).

Como nos dice el concilio Vaticano II a todos los seculares, también para nosotros María es modelo de espiritualidad misionera: “El modelo perfecto de esa espiritualidad apostólica es María, Reina de los Apóstoles, la cual, mientras vivió en este mundo una vida igual a la de los demás, llena de preocupaciones familiares y de trabajos, estaba constantemente unida a su Hijo y cooperó de modo singularísimo a la obra del Salvador” (AA 4 g).

3. El carácter eclesial de nuestra espiritualidad.

El Ideario no dedica ningún número expresamente al carácter eclesial de nuestra espiritualidad, pero me parece necesario resaltarlo y recoger las referencias que en otros lugares del mismo Ideario hay sobre este tema. Y lo quiero hacer en este momento, antes de entrar a hablar de las fuentes de nuestra espiritualidad.

La espiritualidad “es el camino por el cual el Espíritu lleva a través de la historia al nuevo pueblo mesiánico, que es la Iglesia. Esta travesía histórica será colectiva porque la realiza toda una comunidad y será también global porque ningún aspecto de la existencia humana queda fuera del proceso”⁴⁰.

Jesús aseguró que, después de su muerte, seguiría estando presente y actuando en la comunidad de sus seguidores (Mt 18,19). El, después de su resurrección, está presente y actúa en la Iglesia por medio del Espíritu Santo. La Iglesia es un lugar privilegiado de la acción de Cristo y de su Espíritu. La vida según el Espíritu “tiene una fuente de alimentación y experiencia a la que el mismo Espíritu de Jesús se ha unido indisoluble y eficazmente. Esta fuente es la Iglesia”⁴¹. Ella, que es el sacramento global, nos ofrece las fuentes indispensables de la espiritualidad cristiana: la Palabra, los sacramentos, la oración comunitaria y la vida fraterna.

La Iglesia tiene también el papel de guiarnos en nuestra vida espiritual para librarnos de todo engañoso subjetivismo y ayudarnos a llevar una vida según el Espíritu que esté objetivamente de acuerdo con el evangelio y con el modo de vida de Jesús. Por este motivo, un importante teólogo de la espiritualidad, dentro de la teología de la liberación, Segundo Galilea, define la espiritualidad como “seguir a Jesús con la fuerza del Espíritu y bajo la guía de la Iglesia”⁴².

Para dialogar

- a) *¿Qué son las dimensiones mística y política de la espiritualidad cristiana?*
- b) *Señalar algunos aspectos de la dimensión mística*
- c) *¿Cuáles son los principales rasgos de la dimensión mariana de nuestra espiritualidad?*
- d) *¿En qué consiste el carácter eclesial de nuestra espiritualidad?*

⁴⁰ G. Gutiérrez, oc p 112

⁴¹ S. Galilea, *El camino de la espiritualidad*, p. 66

⁴² S. Galilea, oc p. 26